

SEÑORA MARTIN.- Esa no es una razón.

SEÑOR MARTIN.- ¿Cómo? Cuando llaman en la puerta es que hay alguien a la puerta, que llama para que le abran la puerta.

SEÑORA MARTIN.- No siempre, ya acaban de verlo.

SEÑOR MARTIN.- La mayoría de las veces, sí.

SEÑOR SMITH.- Yo cuando voy a cualquier casa llamo para entrar. Y pienso que todo el mundo hace lo mismo, y que cada vez que llaman es que hay alguien.

SEÑORA SMITH.- Eso es verdad en teoría, pero en la realidad las cosas suceden de otra manera, lo acabas de ver.

SEÑORA MARTIN.- Su mujer tiene razón.

SEÑOR MARTIN.- ¡Oh! ustedes, las mujeres, siempre se defienden las unas a las otras.

SEÑORA SMITH.- Bien, no obstante, iré a ver. No quiero que digas que soy testaruda, pero ya verás como no hay nadie. *(Abre la puerta y la cierra.)* ¿Te convences? No hay nadie. *(Se sienta en su lugar.)* ¡Ah! éstos hombres que siempre quieren tener razón y que siempre se equivocan.

*Llaman otra vez en la puerta.*

SEÑOR SMITH.- Caramba, han llamado. Debe ser alguien.

SEÑORA SMITH.- *(Colérica.)* No abriré la puerta. Ya has visto que es inútil. La experiencia nos enseña que siempre que llaman en la puerta jamás hay alguien.

SEÑORA MARTIN.- Jamás.

SEÑOR MARTIN.- Eso no es seguro.

SEÑOR SMITH.- Es incluso, falso. La mayor parte de las veces cuando llaman en la puerta es que hay alguien.

SEÑORA SMITH.- No quieres dar tu brazo a torcer.

SEÑORA MARTIN.- Mi marido también es así de terco.

SEÑOR SMITH.- Hay alguien.

SEÑOR MARTIN.- No es imposible.

SEÑORA SMITH.- *(A su marido.)* No.

SEÑOR SMITH.- Sí.

SEÑORA SMITH.- Te digo que no. Pero de todas formas no vas a molestarme sin motivo. Y si quieres saber lo que ocurre ve tú mismo a verlo.

SEÑOR SMITH.- Iré. *(La SEÑORA SMITH se encoje de hombros y la SEÑORA MARTIN mueve la cabeza. El SEÑOR SMITH va y abre.)* ¡Ah! how do you do... *(Mira a la SEÑORA SMITH y a los señores MARTIN, quienes están sorprendidos.)* ¡El capitán de bomberos!

BOMBERO.- *(Con un enorme casco brillante y de uniforme.)* Buenos días, señoras y señores. *(Los presentes están todavía algo asombrados. La SEÑORA SMITH, enfadada, vuelve la cabeza y no contesta el saludo.)* Buenos días, señora Smith. Tiene usted aspecto de estar enfadada.

SEÑORA SMITH.- ¡Oh!

SEÑOR SMITH.- Es que mi mujer... se siente un poco humillada por no haber tenido razón.

SEÑOR MARTIN.- Ha habido, señor capitán de bomberos, una controversia entre los señores Smith.

SEÑORA SMITH.- (Al SEÑOR MARTIN.) Eso a usted no le importa.  
(A su marido.) Te ruego que no mezcles a los extraños  
en nuestras querellas familiares.

SEÑOR SMITH.- ¡Oh!, querida, eso no tiene importancia. El  
capitán es un antiguo amigo de la casa. Su madre me hi-  
zo la corte, y conocí a su padre, el cual me pidió la  
mano de mi hija para casarse con ella, cuando yo tuvie-  
se una. Y se murió esperando.

SEÑOR MARTIN.- De eso ninguno de los dos tiene culpa.

BOMBERO.- Veamos, ¿de qué se trata?

SEÑORA SMITH.- Mi marido pretendía.

SEÑOR SMITH.- No, eras tú quien pretendía.

SEÑOR MARTIN.- Sí, era ella.

SEÑORA MARTIN.- No, era él.

BOMBERO.- No se pongan nerviosos. Hable, señora Smith.

SEÑORA SMITH.- Pues bien, se lo contaré. Me disgusta mucho  
hablarle francamente, pero un bombero es también un con-  
fesor.

BOMBERO.- Continúe.

SEÑORA SMITH.- Discutíamos porque mi marido decía que cuando  
llaman en la puerta es que siempre hay alguien a la puer-  
ta.

SEÑOR MARTIN.- Lo cual es plausible.

SEÑORA SMITH.- Y yo decía que cada vez que llaman es que no  
hay nadie.

SEÑORA MARTIN.- La cosa puede parecer extraña.

SEÑORA SMITH.- Mas está comprobado, no por demostraciones  
teóricas, sino por los hechos.

SEÑOR SMITH.- Es falso, puesto que el bombero se encuentra  
aquí. Llamó, abrí y estaba a la puerta.

SEÑORA MARTIN.- ¿Cuándo?

SEÑOR MARTIN.- Hace un instante.

SEÑORA SMITH.- Sí, pero hasta después de haberse oído la lla-  
mada por cuarta vez fue cuando encontramos a alguien.  
Y la cuarta vez no cuenta.

SEÑORA MARTIN.- Naturalmente. Sólo cuentan las tres prime--  
ras.

SEÑOR SMITH.- Señor capitán, permítame que también yo le ha-  
ga algunas preguntas.

BOMBERO.- De acuerdo, comience.

SEÑOR SMITH.- Cuando abrí y le ví, ¿era usted quien había lla-  
mado?

BOMBERO.- Sí, era yo.

SEÑOR MARTIN.- ¿Estaba a la puerta? ¿Llamaba para entrar?

BOMBERO.- No lo niego.

SEÑOR SMITH.- (A su mujer, con acento victorioso.) ¿Lo ves?  
Yo tenía razón. Cuando se oye llamar en la puerta es  
que alguien llama. Y tú no puedes decir que el capitán  
no es alguien.

SEÑORA SMITH.- Indiscutiblemente. Pero te repito que hablo  
tan sólo de las tres primeras llamadas, puesto que la  
cuarta no cuenta.

SEÑORA MARTIN.- Y cuando llamaron la primera vez, ¿era usted?

BOMBERO.- No, no era yo.

SEÑORA MARTIN.- Lo ven ustedes. Llamaban y no había nadie.

SEÑOR MARTIN.- Pudo haber sido otro.

SEÑORA SMITH.- ¿Cuánto tiempo hacía que estaba usted a la puerta?

BOMBERO.- Tres cuartos de hora.

SEÑOR SMITH.- ¿Y no vio a nadie?

BOMBERO.- A nadie, puedo asegurarlo.

SEÑORA MARTIN.- ¿Oyó usted la segunda llamada?

BOMBERO.- Sí, y tampoco fui yo. Y, además, no había nadie.

SEÑORA SMITH.- ¡Victoria! Yo llevaba razón.

SEÑOR SMITH.- (A su mujer.) No vayas tan aprisa. (AL BOMBERO) ¿Y qué hacía usted a la puerta?

BOMBERO.- Nada. Estaba allí. Pensaba en muchas cosas...

SEÑOR MARTIN.- (AL BOMBERO.) Pero la tercera vez... ¿No fue usted quien llamó?

BOMBERO.- Sí.

SEÑOR SMITH.- Pero al abrir no le vimos.

BOMBERO.- Me había escondido..., para reírme.

SEÑOR SMITH.- No se ría, señor capitán. El asunto es demasiado triste.

SEÑOR MARTIN.- En resumidas cuentas, nunca sabemos si cuando llaman en la puerta, hay o no alguien.

SEÑORA SMITH.- Nunca hay nadie.

SEÑOR SMITH.- Siempre hay alguien.

BOMBERO.- Voy a ponerles de acuerdo. Los dos tienen un poco de razón. Cuando llaman en la puerta, a veces, hay alguien, y otras veces, no hay nadie.

SEÑOR MARTIN.- Eso me parece lógico.

SEÑORA MARTIN.- También a mí.

BOMBERO.- En realidad, las cosas son simples. (A los señores SMITH.) Dense un beso.

SEÑORA SMITH.- Ya nos hemos besado antes.

SEÑOR MARTIN.- Se besarán mañana. Tienen tiempo de sobra.

SEÑORA SMITH.- Señor capitán, ya que usted nos ha ayudado a aclarar todo esto, póngase cómodo, quítese el casco y siéntese un momento.

BOMBERO.- Dispéñeme, pero no puedo estarme mucho rato. De buena gana me quitaría el casco, más no tengo tiempo para sentarme. (Se sienta sin quitarse el casco.) Les confieso que he venido a su casa por un motivo distinto. Es yo aquí en misión de servicio.

SEÑORA SMITH.- Y nosotros también a su servicio. ¿Y en qué podemos servirle?

BOMBERO.- Les ruego que disculpen mi indiscreción... (Cohibido. Señala con el dedo a los señores MARTIN.) ¿puedo?... ¿delante de ellos...?

SEÑORA MARTIN.- No se cohíba usted.

SEÑOR MARTIN.- Somos viejos amigos. Nos cuentan todo.

SEÑOR SMITH.- Hable.

BOMBERO.- Pues bien, ¿hay fuego en su casa?

SEÑORA SMITH.- ¿Por qué nos lo pregunta?

BOMBERO.- Porque..., perdóneme, tengo orden de extinguir todos los incendios de la ciudad.

SEÑORA MARTIN.- ¿Todos?

BOMBERO.- Sí, todos.

SEÑORA SMITH.- (Confusa.) No sé..., creo que no. ¿Quiere usted que vaya a cerciorarme?

SEÑOR SMITH.- (Resoplando.) No debe de haber. No huele a chamusquina.

BOMBERO.- (Desolado.) Nada. ¿No tienen un incendio pequeño, en la chimenea; algo que se queme en el desván o en la bodega? Aunque sea un conato de incendio.

SEÑORA SMITH.- Escúcheme; no quiero causarle ningún disgusto, pero creo que por el momento no hay ninguno en nuestra casa. Le prometo avisarle en cuanto haya algo.

BOMBERO.- No se le olvide, me hará un gran favor.

SEÑORA SMITH.- Prometido.

BOMBERO.- (A los señores MARTIN.) ¿Y en su casa, tampoco, se quema nada?

SEÑORA MARTIN.- Desgraciadamente, no.

SEÑOR MARTIN.- (Al BOMBERO.) En este momento todos los negocios van bastante mal.

BOMBERO.- Muy mal. No hay casi ninguno. Algún petardo, una chimenea una granja. Cosas sin importancia. No se gana nada. Y como no hay rendimiento, la prima de la producción es muy baja.

SEÑOR SMITH.- Todo marcha mal. En todas partes es igual. Este año, el comercio y la agricultura están casi peor que los fuegos.

SEÑOR MARTIN.- Nada de trigo, nada de fuego.

BOMBERO.- Ni inundaciones.

SEÑORA SMITH.- Pero hay azúcar.

SEÑOR SMITH.- Porque la traen del extranjero.

SEÑORA SMITH.- Para los incendios es más difícil, hay demasiados impuestos.

BOMBERO.- De cualquier forma, aunque muy raramente, tenemos uno o dos asfixiados con gas. La semana pasada se asfixió una mujer joven. Dejó abierto el gas.

SEÑORA MARTIN.- ¿Se olvidó cerrar la llave?

BOMBERO.- No, pero creyó que era su peine.

SEÑOR SMITH.- Estas confusiones son siempre peligrosas.

SEÑORA SMITH.- ¿Ya ha ido usted a ver a los fabricantes de cerillas?

BOMBERO.- No hay nada que hacer. Están asegurados contra incendios.

SEÑOR MARTIN.- Vaya usted a ver, de mi parte, al vicario de Wakefield.

BOMBERO.- Yo no tengo derecho para extinguir el fuego en casa de los sacerdotes. El Obispo se enfadaría. Ellos

mismos apagan su fuego o hacen que lo extingan las vestales.

SEÑOR SMITH.- Intente ver si hay algo en casa del señor Durand.

BOMBERO.- Tampoco puedo. No es inglés. Solamente está naturalizado. Y los naturalizados tienen derecho de poseer casas, pero no de que se las apaguen si se incendian.

SEÑORA SMITH.- Sin embargo cuando hubo fuego el año pasado bien que lo apagaron.

BOMBERO.- Lo hizo él solo. Clandestinamente. Y no seré yo quien lo denuncie.

SEÑOR SMITH.- Ni yo.

SEÑORA SMITH.- Señor capitán, como no tiene prisa quédese un rato. Nos agradecería mucho.

BOMBERO.- ¿Quieren ustedes que les cuente anécdotas?

SEÑORA SMITH.- Naturalmente. Es usted encantador. *(Le besa.)*

SEÑOR SMITH, SEÑORA Y SEÑOR MARTIN.- Sí, sí, anécdotas. ¡Bravo! *(Aplauden.)*

SEÑOR SMITH.- Y lo que es más interesante en las historias de los bomberos es que todas son verdaderas, vividas.

BOMBERO.- Yo hablo de cosas que he experimentado personalmente. La naturaleza, tan sólo la naturaleza, nada de libros.

SEÑOR MARTIN.- Exacto. La verdad jamás se encuentra en los libros, si no en la vida.

SEÑORA SMITH.- Empiece.

SEÑOR MARTIN.- Empiece.

SEÑORA MARTIN.- Silencio. Empieza.

BOMBERO.- *(Tose varias veces.)* Discúlpenme. No me miren de ese modo. Me cohiben. Ya saben que soy tímido.

SEÑORA SMITH.- Es encantador. *(Le besa.)*

BOMBERO.- No obstante, voy a tratar de comenzar. Mas proméтанme no escuchar.

SEÑORA MARTIN.- Pero si no escuchamos no le oiremos.

BOMBERO.- No lo había pensado.

SEÑORA SMITH.- Ya les había dicho: es un niño.

SEÑOR MARTIN y SEÑOR SMITH.- ¡Oh, querido niño! *(Le besan.)*

SEÑORA MARTIN.- Valor.

BOMBERO.- Allí voy. *(Tose una vez más. Después comienza con voz que la emoción hace temblar.)* "El perro y el buey", fábula experimental. Una vez otro buey preguntaba a otro perro "¿por qué te has tragado tu trompa?" "Perdón, contestó el perro, fue porque creí que era un elefante".

SEÑORA MARTIN.- ¿Cuál es la moraleja?

BOMBERO.- A ustedes corresponde el encontrarla.

SEÑOR SMITH.- Lleva razón.

SEÑORA SMITH.- *(Furiosa.)* Otra.

BOMBERO.- Un becerrito que había comido vidrio molido tuvo que parir. Y trajo al mundo una vaca. Sin embargo, como el becerro era macho, la vaquita no podía llamarle "mamá", tampoco podía decirle "papá", porque el tal becerro era muy pequeño. El becerro fué obligado a casarse con una persona, y la Alcaldía tomó las medidas de--

cretadas por las circunstancias y cosas por el estilo

...

SEÑOR SMITH.- Al estilo de Caen.

SEÑOR MARTIN.- Como los callos.

BOMBERO.- ¿Ya la conocían?

SEÑORA SMITH.- Está en todos los periódicos.

SEÑOR MARTIN.- Eso ocurrió no muy lejos de nuestra casa.

BOMBERO.- Quiero decirles otra. "El gallo". Una vez un gallo pretendió hacer de un perro, más no tuvo suerte, pues se le reconocía en seguida.

SEÑORA SMITH.- Por el contrario, el perro que quiso hacer de gallo jamás fue reconocido.

SEÑOR SMITH.- Cuando llegue mi turno diré una. "La serpiente y la zorra". Cierta vez, una serpiente, acercándose a una zorra, le dijo: "me parece que la conozco". La zorra contestó: "también yo". "Entonces, replicó la serpiente, deme usted dinero". "Una zorra nunca da dinero", respondió el astuto animal, el cual para escaparse saltó a un valle profundo lleno de fresales y miel de gallina. La serpiente ya la esperaba riéndose mofosamente. La zorra sacó su cuchillo, aulló un "te voy a enseñar a vivir", y luego huyó, volviendo la espalda. No tuvo suerte. La serpiente, fue más viva. Con un puñetazo, muy bien dirigido, golpeó a la zorra en plena cara, rompiéndosela en mil pedazos. Al mismo tiempo gritó: "no, no. Cuatro veces no. Yo no soy tu hija".

SEÑORA MARTIN.- Es interesante.

SEÑORA SMITH.- No está mal.

SEÑOR MARTIN.- (Estrechando la mano al SEÑOR SMITH.) Mis fe

licitaciones.

BOMBERO.- (Celoso.) No es muy buena. Además, yo ya la conocía.

SEÑOR SMITH.- Es terrible.

SEÑORA SMITH.- Pero eso no ha ocurrido.

SEÑORA MARTIN.- Sí, desgraciadamente.

SEÑOR MARTIN.- (A la SEÑORA SMITH.) Ahora le toca a usted.

SEÑORA SMITH.- Yo sólo se una. Voy a decirla. Se titula "El ramillete".

SEÑOR SMITH.- Mi mujer siempre ha sido romántica.

SEÑOR MARTIN.- Es una verdadera inglesa.

SEÑORA SMITH.- En una ocasión, un novio había llevado un ramillete de flores a su novia, quien le dijo "gracias", pero antes que ella le hubiese dicho "gracias", él sin pronunciar una sola palabra, cogió las flores, que le había entregado para darle una lección, y diciendo "las vuelvo a coger", le dijo "adiós" al tomarlas, y se alejó por aquí, por allá.

SEÑOR MARTIN.- ¡Oh!, es encantador. (Besa o no a la SEÑORA SMITH.)

SEÑORA MARTIN.- Señor Smith, usted tiene una mujer de la que todo el mundo está celoso.

SEÑOR SMITH.- Cierto. Mi mujer es la inteligencia misma. Incluso más que yo. De cualquier forma, es más femenina. Todos lo dicen.

SEÑORA SMITH.- (AL BOMBERO.) Otras más, capitán.

BOMBERO.- ¡Oh, no!, es muy tarde.

SEÑOR SMITH.- No importa, dígala.

BOMBERO.- Estoy muy cansado.

SEÑOR SMITH.- Háganos ese servicio.

SEÑOR MARTIN.- Se lo ruego.

BOMBERO.- No.

SEÑOR MARTIN.- Tiene usted un corazón de hielo. Y nosotros estamos sobre ascuas.

SEÑORA SMITH.- *(Cae o no de rodillas, delante del BOMBERO, sollozando.)* Yo se lo suplico.

BOMBERO.- Sea.

SEÑOR SMITH.- *(Al oído de la SEÑORA MARTIN.)* Acepta. Va a continuar fastidiándonos.

SEÑORA MARTIN.- Chist.

SEÑORA SMITH.- Mala suerte, se lo pedí con demasiada educación...

BOMBERO.- "El catarro". Mi cuñado tenía, por el lado paterno, un primo hermano, cuyo tío materno tenía un suegro, cuyo abuelo paterno se había casado en segundas nupcias con una joven indígena, cuyo hermano había encontrado en uno de sus viajes a una muchacha de la que se enamoró y con la cual tuvo un hijo que se casó con una farmacéutica intrépida, la cual no era sino la sobrina de un desconocido contra-maestre de la Marina británica, cuyo padre adoptivo tenía una tía que hablaba con facilidad el español y que seguramente era una de las nietas de un ingeniero, muerto muy joven, nieto a su vez de un propietario de viñedos que daban un vino bastante mediocre, pero que tenía un primo segundo, de costumbres caseras y brigada del Ejército, cuyo hijo se había casado con una muchacha muy joven y bonita que era divorciada, cu-

yo primer marido era hijo de un sincero patriota que había sabido educar, con el deseo de hacer fortuna, a una de sus hijas que estuvo a punto de casarse con un "botones" que había conocido a Rothschild, cuyo hermano, después de haber cambiado muchas veces de oficio, se casó y tuvo una niña, cuyo bisabuelo, que era un ser enfermo y que usaba unas gafas que le había dado un primo suyo, cuñado de un portugués, hijo natural de un molinero, no muy pobre, cuyo hermano de leche eligió por esposa a la hija de un antiguo médico rural, a su vez hermano de leche del hijo de un lechero; también hijo natural de otro médico rural, casado tres veces consecutivas, cuya tercera mujer...

SEÑOR SMITH.- Si no me equivoco yo he conocido a esa tercera mujer. Comía pollo en un avispero.

BOMBERO.- No es la misma.

SEÑORA SMITH.- Chist.

BOMBERO.- Digo..., que la tercera mujer era hija de la mejor comadrona de la región, y que viuda, todavía joven...

SEÑOR SMITH.- Como mi mujer.

BOMBERO.- Se volvió a casar con un vidriero, hombre entusiasta que le hizo un niño a la hija de un Jefe de Estación, cuyo niño, que supo abrirse camino en la vida, se casó con una verdulera del mercado, cuyo padre tenía un hermano, alcalde de un pueblecito y que estaba casado con una institutriz rubia, cuyo primo, un pescador de caña, se había casado con otra institutriz rubia, que también se llamaba Marie, cuyo hermano se había casado con otra Marie, que también era institutriz y rubia...

SEÑOR SMITH.- Siendo rubia no puede ser otra que Marie.

BOMBERO.- Cuyo padre fue educado en el Canadá por una vieja que era sobrina de un cura, cuya abuela, algunas veces en invierno agarraba un catarro como todo el mundo.